

Nº. 30 / Marzo 2014 / Nueva Época

MALDOROR



Revista de la Ciudad de Montevideo

Mariel Balás / Miguel Battezzore / Danielle Cohen-Levinas / Fabien Bruno Dupont
Alfredo Grieco y Bavio / Nicolás Helft / Anselm Kiefer / Franco Laviano
Eva Leones / Bros Loayza / Marco Antonio Maidana / Bruno Martinelli
Luis Marcelo Martino / Daniel Mazzone / Aldo Medinaceli / Benoît Peeters
Lucía Sagradini / Fabián Severo / Wilmer Urrelo Zárate



sumario

- 3 Editorial / Memoria de la materia / **Miguel Battagazzore**
- 4 Levinas lector de Proust / **Danielle Cohen-Levinas**
- 12 Discurso de aceptación del Premio de la Paz / **Anselm Kiefer**
- 18 Dos estampas / **Franco Laviano**
- 22 Los «antecedentes literarios» españoles en discusión en una polémica entre periódicos montevideanos de 1840 / **Luis Marcelo Martino**
- 28 Poesías / **Mariel Balás** / **Bruno Martinelli**
- 30 El estilo de mi padre / **Daniel Mazzone**
- 38 «Mi Barthes»: algunas imágenes / **Benoit Peeters**
- 42 *A frivolous occupation* Borges conferenciante, 1945-1955 / **Nicolás Helft**
- 46 Bestiario mínimo de Montevideo / **Eva Leones**
- 50 Walter el despeinado. Reflexiones entrelazadas entre el cuento alemán *derstruwwelpeter* y Walter Benjamín / **Lucía Sagradini**
- 56 Poesías / **Favián Severo**
- 58 Tres cuentos / **Marco Antonio Maidana**
- 62 Dos cuentos / **Juan Manuel Sánchez**
- 66 Tres (cuatro, cinco) autores paceños / **Alfredo Grieco y Bravio**
- 70 Feria 16 de Julio / **Aldo Medinacelli**
- 80 Todas las preguntas sobre el fascinante mundo de las termitas, por E.G. Humberto Sacristán / **Wilmer Urrelo Zárate**
- 86 De k'enchas, perdularios y otros malvivientes / **Bros Loayza**
- 90 Paisaje / Selección de textos a cargo de **Fabien Dupont**
- 106 Datos Biográficos



LOS «ANTECEDENTES
LITERARIOS» ESPAÑOLES
EN DISCUSIÓN
EN UNA POLÉMICA
ENTRE PERIÓDICOS
MONTEVIDEANOS
DE 1840¹

Luis Marcelo Martino

Los días 27, 28, 29 de febrero y 4 de marzo de 1840 el diario *El Correo* de Montevideo -cuyos redactores son José y Luis L. Domínguez y Bernabé Guerrero Torres (Zinny, 1883: 43; Praderio, 1962: 76)-² reproduce por entregas un artículo del escritor español Ramón de Mesonero Romanos, titulado «El romanticismo y los románticos». Dicho artículo había sido publicado originariamente en el *Semanario Pintoresco Español* en 1837 y recopilado un año después en el libro *Panorama Matritense*,³ recopilación de la que los redactores de *El Correo* toman el texto.

La publicación del artículo de Mesonero -que satiriza las extravagancias y excesos en la moda y en las actitudes románticas- provoca distintas reacciones: en primer lugar, de parte de un grupo de lectores, quienes escriben una carta al diario; en segundo lugar, y en estrecha vinculación con dicha carta en cuanto al contenido de las intervenciones, de parte de un semanario montevideano, *El Corsario. Periódico semanal, compilador universal*.⁴ Este periódico, bajo la dirección de Juan Bautista Alberdi, se consagraba principalmente a reproducir y sintetizar artículos de otras publicaciones europeas y latinoamericanas, así como también novelas por entregas. Tanto los autores de la carta -firmada «Unos jóvenes»- como el redactor de *El Corsario* sienten la necesidad de salir en defensa del romanticismo. A pesar de las repetidas aclaraciones de *El Correo* de que no fue su intención criticar al movimiento romántico en general, con respecto al cual manifiestan simpatías, *El Corsario* insiste en caracterizar al diario como clasicista. En esto consiste básicamente el nudo de la polémica.⁵ La literatura española constituye una de las cuestiones que se hace presente en las distintas argumentaciones del debate, fundamentalmente a través de los clásicos españoles del Siglo de Oro y la figura de Mariano José de Larra.

En la carta ya mencionada publicada en *El Correo*,¹ los jóvenes que la suscriben arrojan la primera piedra contra el artículo de Mesonero. El texto evidencia, dicen, las tendencias de la «vieja España» y es un desahogo contra el romanticismo, una reacción defensiva del clasicismo, ese «añejo sistema» al que adheriría Mesonero. En el mismo sentido se expresa el redactor de *El Corsario* en el artículo sin título publicado el 15 de marzo, que da pie a la polémica. Allí se acusa a Mesonero -y a *El Correo*, por reproducir su artículo- de pretender rehabilitar el clasicismo y de intentar oscurecer en España la fama del romanticismo y de Victor Hugo. El libro de Mesonero, el *Panorama Matritense* -«tenebroso papelucho de Madrid» (*El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 80)- también resulta descalificado.

Esta acusación -que los redactores rechazan en el artículo titulado «Una contestación»² afirmando que ni ellos ni Mesonero tuvieron la intención de defender ni restaurar el clasicismo- ofrece una primera imagen de la literatura española contemporánea de la polémica. Mesonero -al igual que el «clásico» Manuel Bretón de los Herreros (*El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 80)- representaría una tendencia clasicista y, por lo tanto, retrógrada, al pretender volver a estados anteriores de la evolución literaria. Recordemos que Alberdi está imbuido -y así se pone de manifiesto en sus inter-

venciones en la polémica- de los principios del historicismo, que concibe a la literatura como una entidad u organismo que debe atravesar diversas fases hasta alcanzar la madurez. El clasicismo, por lo tanto, fue una etapa necesaria pero ya superada. Volver a ella sería poner trabas al progreso indefinido.

Este nuevo rebrote de clasicismo, desde la perspectiva de Alberdi, sería la tendencia dominante en el panorama de las letras hispánicas contemporáneas, a contracorriente de la progresista literatura francesa. Los españoles -al igual que los americanos- estarían «oprimidos bajo el peso de las más pesadas, de las más añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia» (*El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 80). Por lo tanto, España no estaría en condiciones de producir escritores célebres capaces de opacar o igualar a los románticos y brillantes Chateaubriand, Victor Hugo y Lamartine («Literatura polémica. Romanticismo y Románticos. Al Corresponsal del Correo (conclusión)», *El Corsario*, 29 de marzo de 1840, p. 151). Los intelectuales españoles no tienen ni siquiera autoridad, según Alberdi, para cuestionar al romanticismo, ya que no poseen los «antecedentes literarios» que acredita Francia, donde este movimiento ya se consolidó, al concretar su misión de destronar al sistema de Boileau (*El Corsario*, 15 de marzo de 1840, pp. 79-80).

Esta imagen de la literatura española como inane y pesada aparece frecuentemente como tópico en la literatura y la prensa de los intelectuales argentinos de la época. A modo de ejemplo, podemos citar el discurso que pronuncia en junio de 1837 el librero Marcos Sastre en la apertura del «Salón literario» de Buenos Aires, grupo de lectura y discusión que agrupa a los intelectuales jóvenes del momento y cuya organización estaba a su cargo. En dicho discurso, titulado «Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la nación argentina», Sastre advierte sobre la «acción soporífera de la literatura española», cuyo idioma es «ininteligible para el pueblo». En consecuencia, proclama el alejamiento respecto de esta literatura y el acercamiento a la luz de las otras naciones, que cultivan las ciencias, pero sin tomar a ninguna como modelo (Weinberg, 1977: 129-130).

El juicio tajante y radical de Alberdi en *El Corsario*, así como su mención de las palabras «tradiciones» y «antecedentes», provoca una interesante discusión sobre la historia de la literatura española y su percepción en el Río de la Plata. Un (supuesto) lector toma el guante arrojado por Alberdi y decide intervenir en la polémica. Envía a la redacción de *El Correo* una carta titulada «Un abordaje», que el diario publica en dos partes.³ Este lector -que no firma su epístola en un primer momento, aunque posteriormente, en una tercera intervención, se identificará como «El Corresponsal»- asume la defensa de la postura de *El Correo*,⁴ y responde a *El Corsario* apelando a la ironía:

«¿Quién os da vela en este entierro, ignorantes Españoles, pobres que sólo contáis los ingenios de Quevedo, Mateo Alemán, Luis Vélez de Guevara, Cervantes, Jovellanos, Iriarte, Isla, Iglesias, el autor

de la Celestina y de Gil Blas? ¡No estás en los antecedentes literarios!» (*El Correo* N.º 35, 20 de marzo de 1840, p. 3, col. 3).⁵

La lista de autores o «ingenios» aportada por el defensor de *El Correo* constituye una selección, necesariamente incompleta, que pretende funcionar como elemento probatorio del argumento de que la literatura española sí tiene tradición y, al mismo tiempo, como una metonimia representativa de dicha tradición. En la conformación de su canon, «El Corresponsal» no da muestras de originalidad. De hecho, su propuesta coincide casi íntegramente con la lista que proporciona Mariano José de Larra en su reseña sobre el *Panorama Matritense*.⁶ El artículo de costumbres, dice Larra, es un género enteramente moderno, aunque pueden rastrearse sus antecedentes en otros géneros cultivados desde la antigüedad. Al referirse a la situación de España, señala que ésta no tiene nada que envidiarle a otras literaturas extranjeras:

«En la novela, en el cuento, en la fábula, la nación que puede citar a Cervantes, a Quevedo, a Mateo Alemán, a Luis Vélez de Guevara, al autor de *La Celestina*, del *Gil Blas*, sea quien fuere, a Samaniego, a Iriarte, a Isla, a Iglesias, no puede ser tilada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del *Espíritu de las Leyes* en el coronel don José Cadalso» («Panorama Matritense. Artículo I», p. 3, col. 4)

«El Corresponsal» conocía esta reseña. Tanto en la primera como en la segunda parte de su carta hace referencia al elogio que Larra habría hecho del *Panorama*. Por lo tanto, no es aventurado suponer que habría tomado de dicho texto su lista de autores. Las diferencias entre uno y otro corpus son mínimas. «El Corresponsal» conserva la mayoría de los nombres, aunque los menciona en distinto orden, en un intento –tal vez– de desdibujar el parecido con la lista original. Descarta a Samaniego y a Cadalso y agrega a Jovellanos. Al mencionar al *Gil Blas de Santillana*, elimina la breve acotación de Larra sobre su autor –«sea quien fuere»–, que remite a la polémica generada en torno a dicha obra, publicada en francés por Alain-René Lesage entre los años 1715 y 1735. El padre jesuita Francisco José de Isla –autor incluido también por Larra y «El Corresponsal»– en sus listas, celebre por su novela *Fray Gerundio de Campazas*– publica en 1787 una traducción al español con un extenso y controvertido título: *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas a España, adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage, restituidas a su Patria y a su Lengua nativa por un español celoso, que no sufre que se burlen de su nación*. En el prólogo a su traducción, Isla acusa a Lesage de publicar bajo su nombre un manuscrito español, previamente traducido por él, que le habría confiado un amigo suyo –del que no proporciona el nombre– durante su residencia oficial en Madrid. Escritores contemporáneos y posteriores –tal el caso de Andrés Bello– se pronuncian a favor de una u otra tesis, sin aportar pruebas concluyentes.⁷ A pesar del tono aparentemente neutro y desinteresado de la acotación citada de Larra, su gesto implica una toma de postura en la polémica. «Sea quien fuere» el autor del *Gil Blas*, para Larra no hay duda de su origen español, lo que

lo habilita a incluirlo en su canon de narradores satíricos. El lector de *El Correo*, tal vez acriticamente y sin tener plena conciencia, adhiere a la postura de Larra, al incluir también él al autor del *Gil Blas* entre los «ingenios» españoles.

Por otra parte, «El Corresponsal», si asumimos que su fuente es la reseña del *Panorama Matritense*, descontextualiza y resignifica el canon propuesto por Larra. En efecto, la lista de este último está integrada por autores españoles de novelas, cuentos y fábulas de tono satírico-costumbrista y se complementa con la mención de los cultivadores de dicha veta en otros géneros: «nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró a veces en Calderón mismo, en Lope y sobre todo en Alarcón, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores excelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales ni Boileaus» («Panorama Matritense. Artículo I», p. 3, col. 4). «El Corresponsal» desarticula la propuesta de Larra al desvincularla de la tradición costumbrista de la novela, el cuento y la fábula, a la que remitía, y dotarla –con las modificaciones ya señaladas– de un valor más general, al referirla a la literatura española en su conjunto y emplearla como argumento para demostrar que España tiene antecedentes literarios.

La réplica de «El Corresponsal» obliga a Alberdi a matizar sus juicios. Cuando hablaba de «pesadas y añejas tradiciones», aclara, no se refería a las «tradiciones de la brillante y clásica literatura española de la época de Cervantes y Calderón de la Barca» («Al Corresponsal del Correo», primera parte, *El Corsario*, 22 de marzo de 1840, p. 127). Su intervención lleva implícita una toma de posición que remite y responde a la lista de autores plasmada en las páginas de *El Correo*, de tal modo que puede leerse como una contrapropuesta de canon. En su carácter más sintético y en su calculada brevedad reside la significación de la propuesta de *El Corsario*. Al igual que «El Corresponsal», confiesa su admiración hacia la literatura del Siglo de Oro, proporcionando un nombre adicional: Calderón. Sin embargo, al destacar solo «la época de Cervantes y Calderón de la Barca», deja de lado a algunos de los escritores incluidos en el canon de *El Correo*: Gaspar Melchor de Jovellanos, Tomás de Iriarte, José Francisco de Isla, José Iglesias de la Casa. La exclusión se ejerce, no casualmente, sobre autores que escriben y publican fundamentalmente durante el siglo XVIII y están vinculados de una u otra manera a la estética neoclásica y al pensamiento ilustrado. Esta operación devela una presentación interesada del pasado y del presente literarios de España, que le otorga valor a los escritores y producciones de los siglos XVI y XVII, que menosprecia la tendencia predominante y las obras del siglo XVIII y condena los intentos de reedición en el presente (mediados del siglo XIX) de dicha tendencia.

A pesar de acreditar un glorioso pasado, con escritores de la talla de Cervantes y Calderón, la situación actual de la literatura española, tal como la presenta Alberdi, no es muy promisoría. El «hilo de oro de esa brillante tradición», afirma, «se rompió para la España de estos últimos tiempos, como para nosotros». Las «añejas tradiciones» serían entonces las «de la más baja, pesada e insulsa, y pobre literatura española de los tiempos

próximamente precedentes». Al referirse a los antecedentes, Alberdi adopta una perspectiva que trasciende el pasado, donde necesariamente se ubica todo antecedente, para criticar el presente y proyectarse al futuro: «todos los tiempos tienen antecedentes literarios», reconoce, «y la España tal vez más ricos que ningún pueblo de su edad». No obstante, continúa, «Es preciso establecer antecedentes continuamente; antecedentes en cada siglo, en cada época, antecedentes nuevos sobre los viejos» («Al Corresponsal del Correo», primera parte, p. 128). De este modo, la crítica vuelve a recaer en la literatura española contemporánea, que interrumpió la línea de la «brillante tradición» y que, por lo tanto, no producirá referentes válidos ni valiosos para los escritores del futuro.

En el choque entre *El Corsario* y *El Correo* colisionan, como vemos, dos propuestas de canon de la literatura española. El rescate de la tradición del Siglo de Oro y esa conformidad con una suerte de Parnaso intocable constituye uno de los puntos de contacto entre ambas propuestas, que remiten de este modo a la lectura romántica de los escritores del Siglo de Oro. Para Victor Hugo, Lope de Vega era un romántico por el desprecio de las reglas (Peers, 1967: 28).⁸ El *Quijote* era considerado como «la obra romántica más grande de Europa» (Peers: 29) y Calderón «un romántico casi puro por los restauradores alemanes, italianos y españoles de principios del siglo XIX» (Peers: 31).⁹

Con respecto a esta cuestión, percibimos cierta moderación de la postura que Alberdi manifestara algunos años atrás en *La Moda*.¹⁰ En un artículo titulado precisamente «Literatura Española»,¹¹ proclamaba su admiración por el movimiento de la «Joven España»: «La misma Joven España, la única España amiga y querida nuestra, no ama a la España de Calderón y de Lope» («Literatura española», p. 2, col. 2),¹² al tiempo que declaraba que «la juventud industrial [argentina] se aburre de leer el Quijote» (p. 3, col. 1). Félix Weinberg destaca esta admiración y aventura una vaga definición del movimiento peninsular: «Ellos [«nuestros románticos»] se sentían solidarios con lo que daban en llamar la «Joven España», esto es con el conjunto de hombres que en ese preciso tiempo en la península pugnaba por la renovación y la libertad» (Weinberg: 68-69).¹³ La «Joven España» progresista, a la que pertenecería Larra¹⁴—compartirían con Alberdi y los intelectuales de su línea, representados entonces en *La Moda*, el menosprecio por los clásicos del Siglo de Oro. Estos autores, entonces, quedaban excluidos en ese momento de la propuesta de Alberdi de un canon de la literatura española. Esta postura deja al descubierto apreciaciones distorsionadas. Como queda en evidencia de la lectura de su reseña del *Panorama Matritense*, Larra no abjura de la tradición literaria del Siglo de Oro. Por otra parte, el tono radical de las afirmaciones de Alberdi podría explicarse por la necesidad de brindar una respuesta contundente a los reproches de anti-españolismo que se le hacía a la «juventud» que él representaba.¹⁵ Esta actitud extremista se mitigaría con el tiempo, como dijimos, al punto de reivindicar en las páginas de *El Corsario* a Cervantes y Calderón como representantes de la brillante tradición literaria de España. Varios años después, al repasar su

vida, Alberdi llegaría incluso a esbozar un *mea culpa* por su descuido y desprecio de la literatura española.¹⁶

En lo relativo a la producción literaria peninsular contemporánea, si bien difieren en sus juicios sobre Mesonero Romanos, «El Corresponsal» de *El Correo* y *El Corsario* coinciden en el reconocimiento de autoridad a la figura de Mariano José de Larra. En la carta analizada, y a renglón seguido de su propuesta de canon, «El Corresponsal» intenta contrarrestar la descalificación del *Panorama Matritense* por parte de *El Corsario*, mediante la mención y parcial transcripción de los elogios de dicha obra por parte de «un filósofo, que se suicidó, y que, a más era paisano del *Parlante*» («Un abordaje», *El Correo* N° 35, 20 de marzo de 1840, sección «Correspondencia», p. 3, col. 3).¹⁷ En la segunda parte de la carta la referencia se torna más explícita al mencionar a Larra por su pseudónimo, «Figaro» («Un abordaje», *El Correo* N° 36, 21 de marzo de 1840, p. 3, cols. 1-3). Esta invocación es susceptible de ser leída como una respuesta a aquella carta publicada en *El Correo* y firmada por «Unos Jóvenes», que habían acusado a Mesonero Romanos de representar las tendencias de la «vieja España». El elogio de la obra de Mesonero por parte de Larra, representante de la «Joven España», debería despejar toda sospecha sobre la adscripción de aquél a las tendencias de la «vieja España». La mención del romántico español funcionaría entonces como una estrategia de defensa y un recurso legítimo del artículo de Mesonero Romanos y también del gesto de *El Correo* al reproducirlo.

En una tercera intervención, «El Corresponsal», al elogiar el artículo del *Panorama*, explícita que adopta la opinión de Larra, cuya autoridad habría sido atropellada por *El Corsario* al descalificar el artículo objeto de sus alabanzas («Al Corsario», *El Correo* N° 39, 26 de marzo de 1840, p. 2, col. 1). Alberdi, en su respuesta, aclara que el juicio de Larra —benevolente a su entender— se refiere al *Panorama Matritense* en general y no concretamente al artículo «El romanticismo y los románticos» («Literatura polémica. Romanticismo y románticos. Al Corresponsal del Correo - conclusión», *El Corsario*, 29 de marzo de 1840, p. 151). Cita, además, un pasaje de un artículo de Larra¹⁸ que caracteriza la actividad intelectual de Madrid como estática (escribir allí equivale a monologar), en contradicción con la importancia de Francia como centro de irradiación cultural, «de la civilización y de la publicidad» («Literatura polémica», p. 152).

La invocación de la autoridad de Larra por parte de ambas publicaciones es un índice de la relevancia cultural que tenía para los intelectuales argentinos de la época. W. Katra afirma en este sentido que «Con la excepción de Larra, no había ninguna presencia contemporánea en el escenario intelectual español que encarnara un ejemplo valioso para los jóvenes intelectuales argentinos en su búsqueda de la emancipación literaria y cultural de América del Sur» (Katra, 2000: 105). El propio redactor de *El Corsario*, Alberdi, es un confeso discípulo de Larra. Recordemos que el pseudónimo, «Figarillo», con el que firma sus artículos costumbristas aparecidos en *La Moda* y *El Iniciador*,¹⁹ entre otras publicaciones, es un diminutivo construido a partir de «Figaro».²⁰ Larra constituye, como vemos,

una figura dotada de un poderoso valor simbólico en el sector del campo intelectual en el que se posicionan estos periodistas.

A lo largo de la polémica, todos los agentes que intervienen –los redactores de *El Correo* y de *El Corsario* y «El Corresponsal»– declaran, de manera más o menos ambigua y comprometida, sus simpatías por el romanticismo y toman distancia del clasicismo. Comparten asimismo la admiración y el respeto por Larra. Sin embargo, sus juicios sobre la literatura española no coinciden absolutamente. Si bien existe consenso en la valoración positiva de los clásicos del Siglo de Oro, *El Corsario* excluye del panteón español a los escritores del siglo XVIII, a los que «El Corresponsal», por su parte, sí contempla.

En el canon actualizado por *El Corsario* se percibe de manera más acentuada el impulso revolucionario de estos intelectuales, herederos declarados de la tradición independentista argentina y continuadores de su obra en el terreno cultural. Eso justifica el rechazo de la literatura española clasicista, a la que asocian con estructuras monárquicas y coloniales, y de todo intento por rehabilitarla. En su equiparación entre españoles y americanos –al afirmar que ni unos ni

otros, por su atraso, están en condiciones de cuestionar al romanticismo– reside la clave de la conformación ideológica de su canon. Excluir a los neoclásicos –cuya producción estaría connotada por la imitación servil de modelos y la observancia ciega de reglas estéticas– es un gesto equivalente al de renegar de los restos coloniales que todavía pervivirían en las costumbres y letras americanas. En las páginas de *El Correo*, por su parte, se pone de manifiesto una postura más moderada y conciliatoria al incluir a los autores del siglo XVIII en su rescate de la tradición española. Esta inclusión estaría en armonía con la reproducción del artículo de Mesonero Romanos, operación que –como vimos– habría desatado la polémica al ser leída por su adversario como un gesto de defensa de la estética clasicista y de ataque al romanticismo.

Los ilustres espíritus de Cervantes, Mateo Alemán, Vélez de Guevara, Quevedo, Calderón, Isla, Iriarte, Jovellanos, Iglesias de la Casa, Mesonero Romanos y Larra son invocados y convocados a participar de una discusión que configura y reconfigura un canon múltiple y siempre abierto de la literatura española. Su presencia en las remotas aguas del Río de la Plata contribuye, sin saberlo, al debate sobre los límites de una cultura nacional en emergencia. **M**

Notas

¹ Una primera versión de este trabajo fue leída en el IV Simposio Internacional de Hispanistas «Encuentros 2012», celebrado en la Universidad de Wrocław, Polonia, en noviembre de 2012.

² La vida de este diario es muy breve: se publican sólo 56 números, entre el 4 de febrero y el 15 de abril de 1840.

³ *Panorama Matritense. Cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por El Curioso Parlante*, Tomo tercero, 1838, pp. 112-132.

⁴ *El Corsario* tiene una existencia aún más efímera que la de *El Correo*. Su primer número corresponde al 1º de marzo de 1840 y el último al 5 de abril de ese año.

⁵ Para un estudio más detallado de esta polémica, cfr. nuestro libro –donde compilamos todas las intervenciones del debate– *¿Guerra de los diarios o «recillas de escuela»? Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, Cuadernos Artesanos de Latina 31, La Laguna (Tenerife), Sociedad Latina de Comunicación Social, 2012. Disponible en <http://issuu.com/revistalatinadecomunicacion/docs/cal31martino>

⁶ *El Correo* N° 28, 12 de marzo de 1840, p. 3, col.1.

⁷ «Una contestación», *El Correo* N° 33, 18 de marzo de 1840, p. 3, cols. 1-3.

⁸ La primera parte aparece en *El Correo* N° 35, 20 de marzo de 1840, p. 3, cols. 2-3, y la segunda en el N° 36, 21 de marzo de 1840, p. 3, cols. 1-3.

⁹ Hay algunos datos que permiten sostener la hipótesis de que «El Corresponsal» actúa como portavoz de los redactores de *El Correo*, en el caso de que no sea uno de ellos. Además del alineamiento absoluto con las ideas sostenidas por los responsables del diario, podemos mencionar la defensa encendida y el respaldo brindado al «Corresponsal» por los redactores cuando su autoridad es puesta en duda por *El Corsario* (artículo sin título, *El Correo* N° 43, 31 de marzo de 1840, p. 3, col. 1).

¹⁰ En todas las citas de este trabajo optamos por actualizar la grafía.

¹¹ «Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante (librería de Escamilla). Artículo I», publicado en *El Español* N° 232 el 19 de junio de 1836 (pp. 3-4).

¹² Cfr. Alborg, 1975: 289-290. Albiac Blanco, después de mencionar que Isla

traduce el *El Blas* de Lesage, sólo consigna que «El arrebatado jesuita creía que el original era español» (2011: 146).

¹³ En este sentido se orienta la cita de Hugo de unos versos de Lope en el *Prólogo a Cromwell*: «Cuando he de escribir una comedia / enciero los preceptos con seis llaves» (2009: 62).

¹⁴ «Para Federico Schlegel, Calderón fue «en todo momento, comparado con todos los demás poetas dramáticos, el más romántico». Augusto Guillermo Schlegel vio en sus obras «la cumbre suprema de la poesía romántica» (...). Monteggia, el joven y competente colaborador italiano de la cosmopolita revista prerromántica *El Europeo*, declaraba que el estilo de Calderón era tan romántico como el de Byron (Peers: 31).

¹⁵ *La Moda. Gaceta semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres* se publica en Buenos Aires entre el 18 de noviembre de 1837 y el 21 de abril de 1838. En el semanario –consagrado a cuestiones políticas, filosóficas, estéticas, morales– participan Rafael J. Corvalán (editor responsable), Alberdi, Juan María Gutiérrez, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor y Vicente Fidel López, entre otros. Cfr. J. A. Oría (1938).

¹⁶ Publicado en *La Moda* N° 6, 23 de diciembre de 1837, pp. 1-3.

¹⁷ En términos semejantes, en el artículo «Reacción contra el españolismo» (*La Moda* N° 22, 14 de abril de 1838, pp.1-2), se afirma que «La joven España, la hermana nuestra, porque venimos de un mismo siglo, se burla de la España vieja, la madrastra nuestra» (p. 2, col. 1).

¹⁸ Myers aporta más información al respecto, al señalar que las «Jóvenes Naciones» europeas, surgidas a partir del modelo de la «Giovine Italia» de Giuseppe Mazzini, comparten la impronta de la masonería y una orientación política de oposición a las monarquías restauradas (Myers, 2005: 400-401).

¹⁹ «Los que deseen ver una muestra cabal de una literatura socialista y progresiva, lean a Larra» (–Boletín musical. *Figaro. Minué por A.*, *La Moda* N° 2, 25 de noviembre de 1837, p. 4, cols. 1-2), escribe Alberdi con motivo de la muerte de «Figaro».

²⁰ El artículo en cuestión comienza con la exposición de estos reproches: «Se ha creído deber atribuir las tendencias antipáticas de la juventud contra la literatura Española manifestadas de algún tiempo a esta parte, a una pura preocupación de patriotismo emanada de la cuestión pasada» («Literatura Española», p. 1, col. 1).

²¹ «(...) no frecuenté mucho los autores españoles, no tanto por las preocupaciones antiespañolas, producidas y mantenidas por la guerra de la

independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. (...) La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción a favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí» (Alberdi, 2010: 190-191).

²² «El Curioso Parlante» era uno de los pseudónimos empleados por Mesonero Romanos. Los elogios que transcribe «El Corresponsal» pertenecen a la segunda parte de la reseña del *Panorama* escrita por Larra, «Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante (librería de Escamilla). Artículo segundo y último»,

publicada en *El Español* N° 233 el 20 de junio de 1836 (p. 4, cols. 1-2).

²³ «Horas de invierno», aparecido en *El Español* N° 420, del 25 de diciembre de 1836, pp. 1-2.

²⁴ *El Iniciador. Periódico para todos* fue fundado por Miguel Cané y Andrés Lamas. Se publica entre el 15 de abril de 1838 y el 1° de enero de 1839 y cuenta entre sus colaboradores a Alberdi, Bartolomé Mitre, Florencio y Juan Cruz Varela y Esteban Echeverría, entre otros (Zinny: 210-211; Praderio: 63-64).

²⁵ Cfr. «Mi nombre y mi plan», *La Moda* N° 5, 16 de diciembre de 1837, pp. 1-3.



'Caridad', Bronce.